

DISCURSOS

Y

Oración Fúnebre

Pronunciados en Riobamba el 24 de
Mayo Y 4 de Junio de 1900.

*Con motivo del septuagésimo aniversario de
la Batalla de Pichincha y septuagésimo octavo
del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*

DON ANTONIO JOSE DE SUCRE.

Riobamba, Agosto 20 de 1900.

NOTA.—Por los trabajos impostergables de los cajistas,
no se han podido publicar este folleto a su debido tiempo.



IMPRESA MUNICIPAL

A SUCRE.

COMPOSICIÓN DEDICADA Á MI AMIGO
EL SR. DON JOSÉ JAVIER ANDRADE.

I

¿Cómo cantar, guerrero incomparable,
Tus proezas sin fin y tus portentos,
Si de tí solo Dios es justo que hable
Por medio de divinos elementos?

Tú del valor ejemplo sin segundo,
A la cumbre subiste de la gloria;
Y dando libertad al nuevo mundo
Has sido lo sublime de su historia.

Tu causa evocará todo valiente
Y la antorcha será del patriotismo;
En tu nombre una gloria está existente:
¡La gloria de la Patria y del heroísmo!

¡Oh Sucre valoroso! te contemplo
En el cénit del cielo americano,
Para ser de los hombres el ejemplo
De capitán, de padre y ciudadano.

Joven aún te arrojas al combate,
Y no tiembla tu pecho ante la muerte,
Cuya presencia al genio no le abate
Cuando cabe á su Patria dura suerte.

Sangre muy noble corre por tus venas
¡Oh digno cumanés! El despotismo
Del español te irrita y las cadenas
Destrozas del mas vil oscurantismo.

II

¿Quién es aquel que el encumbrado monte
De Picuincha en Sinaí presto convierte
Con su fuego encendiendo el horizonte?.....
¿Quién, síco Sucre denodado y fuerte?

El centellar fulgente de su espada
A los gigantes heroes electriza,
Y del furor sublime arrebatada
Vence mil veces en tremenda liza.

Es su mirada rayo esplendoroso,
Su voz es tempestad, horrible trueno,
Su brazo en libértar no halla reposo,
Su corazón está de zaña lleno.

Triunfa en esta vez; y el sol radiante
De la victoria baña sus portentos:
"Honor á Sucre" se oye en ese instante
Por todos los espacios y elementos.

Córdova, Calderón y otros guerreros
En las sienes de Sucre, la corona
Colocan guarnecida de luceros,
Y el mundo entero su valor pregona.

Roto está ¡oh Patria! de tu cuello el yugo
Y Libertad dirige tu destino,
Terminar tu infortunio al cielo plugo,
Ya de la gloria sigues el camino.

Hoy eres asaz libre, independiente,
Y con ese legado estás dichosa;
Eres la luz del nuevo continente
Cuya historia le has hecho muy gloriosa,

III.

Y ¿quien aquel que de Ayacucho el suelo
Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo"

Hace temblar cual rayo estrepitoso,
Cuyo fragor en estupendo vuelo?
Recorre el escenario nebuloso

Crece la oscuridad, crece el espanto,
Y aquel tronar de horrisona batalla;
Mas nada al vencedor le arredra en tanto
Que infinitos cadáveres sólo halla.

Huye de Sucre el ángel de la muerte
Y en Ayacucho su valor le abrumba:
"A mis plantas jamás no quiero verte"
Dice, "en tí toda gloria se resuma.

Para inmortalizarte están los ecos
De tus triunfos sonando por doquiera,
Mas ¡ay! yo sentiré que allá en Berruecos;
Al golpe caigas de una cruel pantera.

Infames asesinos, el nefando
Crímen en tí consumarán un día
A las tartareas órdenes de Obando,
Jefe sin corazón, de raza impía.

Romperá tu cabeza duro plomo,
Cabeza de laureles coronada,
Y entonces tu verás, verás ¡ay! como
Han de pagar la gloria de tu espada!....."

Al héroe que mil balas respetaron
En los combates con la grande España,
Su prematura tumba levantaron
Las de caínes en su negra zaña.

Sucre murió!..... Mas el Pichincha cano
Es pedestal de inmarcesible gloria,
La peana del héroe americano
Que brillará en el cielo de la historia.

J. VELASCO R.

SEÑORES

Quizás mi voz no sea ruido destemplado que vaya á herir vuestros oídos, ni mis sentimientos dardos agudos que lastimen vuestros corazones, porque el que habla en estos augustos momentos y al tratarse de una fecha grandiosa, es el último entre los ciudadanos ecuatorianos y el que menos puede ocupar esta tribuna. Empero, un impulso más poderoso que el de la vergüenza por mi incompetencia,—el del sentimiento que debe abrigar el pecho de todo hombre amante á su Patria, sea feliz ó desgraciada,—hace que venga en alas del entusiasmo á depositar en el Altar de la Patria, la modesta ofrenda de mi filial afecto, ya que en ese Altar contemplamos todos el precioso emblema de nuestra emancipación política.

En los insondables horizontes del pasado alcanzo apenas á distinguir la aparición de una aurora que despertó á España con sobresalto y á la América con regocijo; pues, si la primera presintió que algo fatídico debía acontecer más tarde al otro lado del Océano, la segunda no dejó de sentir esas emociones que, á veces torturan el alma, y otras la circundan de un placer cuya causa es aún desconocida.

Sí, señores, la aurora del 13 de junio de 1793, iluminó con sus hermosos destellos la humilde cuna que debía mecer y guardar el sueño de la inocencia de un recién nacido. En ese día Cumaná debió inscribir un nombre en el escalafón de sus grandes héroes, porque había nacido el genio inmortal de la guerra, ANTONIO JOSÉ DE SUCRE, que con su espada fundida en la fragua del más ardiente patriotismo, rompería las cadenas con que se hallaban atados cinco pueblos que surgieron de la mar al soplo creador del Loco de la Boardilla.

¡Misteriosos secretos del destino! Colón, el ilustre Genovés, al sacarnos de la ruda, nos trae la luz del Evangelio, luz civilizadora que inunda

el cerebro del que nació en el americano suelo oprimido por la pesada planta del despotismo ibérico, que hizo esclavas á las nacientes generaciones que poblaban este pedazo del globo.

Quince inviernos transcurren y el niño que poco antes se hallaba al abrigo del regazo maternal, pasa de súbito á sentir los rigores de la campaña, bajo los estandartes del infortunado Miranda, para luego incorporarse á las filas de Piar y Mariño que, con un puñado de valientes, arroja del Oriente de Venezuela á 800 peninsulares.

¿Cuál fué, señores, el sentimiento que inspiró á Sucre, para que, en tan tiernas edades, pusiera su cuerpo de blanco al mortífero plomo de los opresores de la Patria de Colón? El más puro patriotismo; sentimiento desconocido por casi la mayor parte de los mortales; sentimiento que hace grande al hombre que lo posee y respetadas á las naciones que lo comprenden. Por esta virtud, los pueblos sacuden la tiranía, ya que ésta no puede dominar sobre corazones de afectos generosos, sobre espíritus fuertes y levantados, en su libre desenvolvimiento.

Han corrido ya veintidós años desde que Sucre principió su carrera, y el 24 de mayo de 1822 es fecha en la que el cielo de España amanece cubierto de negros nubarrones que opacan su esplendidez, mientras que el de América se deja ver limpio y terso como la tranquila superficie de un lago, y una aureola de luz inunda el altivo Pichincha, aureola que la veo al travéz de la distancia y del tiempo.

Entonces, el destino señaló con aquellos caracteres indelebles, la caída de la tiranía, que el viejo mundo hacía pesar sobre nuestra tierra, marcando al mismo tiempo los presagios del varonil sacudimiento que ésta hacía del sistema monárquico, que no tenía más ley que la ley del oro, ni más moral que la del interés. Absurdos sistemas de gobierno que deben caer rodando en los oscuros an-

tros del desprestigio.

En un día como el de hoy, la mano que empuñaba el cetro de la opresión, sintió mortales convulsiones; la corona de la tiranía española tambaleó sobre las sienes de esos Monarcas ambiciosos y crueles, y cetro y corona vinieron á caer á los pies de su vencedor, en las faldas del Pichincha. Desde este momento, el Ecuador se contó feliz en el número de las naciones libres é independientes, orgulloso de haber conquistado su independencia, mediante sus propios esfuerzos y constantes fatigas. Llevados al más culminante grado de heroicidad de sus hijos que, haciendo abstracción de su misma vida, tuviern á bien derramar la última gota de su sangre en el suelo que legaban á sus generaciones.

Con la victoria alcanzada por el ilustre Mariscal, ahora 78 años, en el histórico Pichincha, quedó tranquilo su espíritu y satisfechas sus aspiraciones, una vez que había conseguido su objeto. no tan sólo por conquistarse gloria y renombre. si que también por darnos vida, libertad é instituciones propias que hicieran de nuestra Patria. la del progreso; pues como dice un notable escritor: "La prosperidad de un país depende, no de la abundancia de sus rentas, ni de las fuerzas de sus fortalezas, ni de la belleza de sus edificios públicos; consiste en el número de sus ciudadanos cultos; en sus hombres de educación, ilustración y carácter: aquí es donde se encuentra su verdadero interés, su principal fuerza, su verdadero poder."

Ahora bien: ¿cuál fué el galardón que recibió Sucre? La satisfacción del deber cumplido. ¿cuál fué la guirnalda con que ciñeron sus sienes, después que nos dió PATRIA Y LIBERTAD? ¡El plomo asesino que, ambiciosos sin corazón, sembraron en el cerebro del más valiente de los capitanes que, para su orgullo, produjo el siglo XVIII! "Murió

la muerte de una fiera el que había vivido la vida de un justo. A ningún bandido de la montaña cupo el triste fin del que fué dechado de bondad y de dulzura. ¡Quién hubiera reconocido en míseros despojos, abandonados en el cieno, como los de vil acémila, destinados á servir de pasto á los buitres ó á los animales bravíos de la selva, al "vencedor del vencedor de Europa," al Bayardo americano, al adalid famoso que terminó la guerra de la independencia en Sud América!"

¿Y cuál su crimen?.....El haber sido grande como ciudadano, modelo como esposo, sin mancha como magistrado, sin rival como guerrero y el abnegado Libertador.

Si Plinio el naturalista, fué víctima de su entusiasmo científico, pereciendo en el cráter de un volcán, Sucre fué presa de su patriotismo, cayendo muerto, no en los cien combates que libró su espada vencedora, sino en las garras de alevosos asesinos, destituidos de todo sentimiento humanitario y de todo instinto de gratitud.

El mismo sol [que reflejó] en la corona con que Sucre se inmortalizó en los campos de Pichincha y Ayacucho, es la única antorcha funeraria en los desiertos de Berruecos; y al perecer, en las espesuras de esa montaña en circunstancias en que podía quedar oculto el crimen, tu memoria ¡oh Martir! está palpitante en el corazón de los ecuatorianos que por tí somos libres. Tus restos guardados sean con veneración en el seno de esta República por la que tuviste muchos motivos de predilección y de afecto. Y si alguien intentara arrancarnos tus sagrados restos, dejémonos antes arrancar del pecho tu recuerdo con el último aliento de nuestra existencia.

¡Que no sea el olvido el sarcófago en

donde sepultemos tu excelso nombre! ¡Que
nuestra ingratitud no sea el fúnebre crespón
que cifra tu heroica frente de MARTIR DE LA
LIBERTAD.

He terminado.

LEONARDO E. MERINO S.

Riobamba, Mayo 24 de 1910.

Oración fúnebre pronunciada por el R. P. Victor Guerrero de la compañía de Jesús en el 70 aniversario de la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho Don Antonio José de Sucre.

Non gloriatur sapiens in sapientia sua; et non gloriatur fortis in fortitudine sua... sed in hoc gloriatur qui gloriatur, scire et nosse me [Jer. IX. 23. 24]—No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte se ufane en su fortaleza: quien quisiere gloriarse, gloríese en esto, en conocerme y entenderme á mí, dice el Señor...

¿Qué quiere decir el aparato insólito que se despliega en este lugar santo: la Religión dedicando sus guirnaldas á los héroes de la tierra; los ecos de la guerra y de la gloria, y su deslumbrante arco de armas y trufos teñido en la sangre de mil combates, mezclándose al concierto de los sagrados himnos, al incienso y la oración, místicas moradas del santuario, lenguaje de ángeles que lleva al trono de Dios nuestros gemidos ú homenajes!—y nosotros, los ministros del Evangelio, llamados á alternar en los épicos himnos de guerra y libertad; podremos sin mengua ni desdoro de nuestro ministerio de paz, de orden, de ley, de santidad; podremos, sin contradecir al oráculo de la sabiduría que proclama ser todo vanidad de vanidades, fuera del servir á Dios; podremos, repito, procelizar otra cosa que la ley del Señor y la virtud?

Desdichados de nosotros si en esta ceremonia no se ofreciese á nuestras alabanzas un objeto más grande que el brillo instable de la humana gloria; y más desoladores, si el hombre ilustre á cuya memoria consagramos este fúnebre obsequio, no hubiese granjeado ante todo y sobre todo la única bienandanza dimanada del temor de Dios, germen de la sabiduría y la virtud! Nosotros mismos, convencidos de la inanidad de nuestras ovaciones, nada

satisfechos con la fútil inmortalidad que podemos dar á nuestro héroe, venimos hoy á demandar á la Religión sus sobrenaturales bienes, los únicos que ha de aceptar con gratitud el alma que ha roto todos sus vínculos con este átomo de tierra que habitamos. Nuestros cantos de victoria no llegan, no, á la región de los muertos! Asimos, es verdad, con frenesí ese sarcófago que nos devuelve la tierra avara, cual un depósito largo tiempo defraudado á nuestro cariño; pero pronto volvemos de nuestro entusiasmo al desaliento, y decimos con dolor: estas cenizas yertas no son nuestro héroe!..no son el alma de rayo que tronaba un día sobre el Pichincha anunciando desde su carro de relámpagos la autonomía de un nuevo pueblo!..no son el genio de la hidalguía, el generoso, el amable, el simpático Sucre!..

—Héroes que os convertís en polvo, y en polvo que arrebatara el viento, dónde está vuestra grandeza! dónde vuestra inmortalidad!..Tú! augusta Religión! Señora de los tiempos y de la eternidad, allanas las barreras y franqueas los espacios!; tú nos pones en comunión con los seres inmortales que abrigan la eternidad en su seno; y les tornas en provecho nuestros santos recuerdos; tú haces de las acciones laudables de ellos lecciones saludables para todo viviente; tú conviertes nuestras preces ora en dulce refrigerio, ora en nuevo aditamento al raudal de sus dichas; tú, sobre todo, haciéndonos medir con nuestra nada todo lo grande de aquel Sér á quien solo pertenece la inmortalidad, Rey de los siglos sempiternos, en cuyo acatamiento todo habia y tiene vida, *Regem cui omnia vivunt*, nos convences una vez más que no debe gloriarse el sabio en su sabiduría, ni el héroe en su fortaleza, sino sólo en conocer y servir á nuestro Dios! *Non gloriatur* etc.

*
* *

Lo he dicho, Sres.; no son las efímeras glorias de los vencedores del mundo, que no tienen

valor en la apreciación de mi Dios, las que yo vengo á celebrar desde esta cátedra consagrada únicamente á reproducir sus sacrosantas máximas. Quien quiera que contemple desde las alturas de la suprema sabiduría esa vicisitud perenne en que imperios y muchedumbres, gloria y abatimiento, prosperidad y decadencia, van unas en pos de otras arrebatadas por el curso de los tiempos, no podrá menos de volver los ojos hacia algo que sea inmoble, grande, permanente. Nuestras pequeñas grandezas miradas desde el eminente trono de la inmutable virtud se achican y achican y desvanecen no de otra suerte que las erguidas colinas y los humildes valles ofrecen la perspectiva de una sola llanura al que las contempla desde la cima del Himalaya gigantesco.

Afortunadamente el héroe cuyo nombre ensalzamos, objeto de admiración por sus proezas, lo fué aun más por la eminencia de sus virtudes. Su vida ofrece tantos ejemplos de edificación para un auditorio católico, que el elogio del GRAN MARISCAL ANTONIO JOSÉ DE SUCRE ha de ser un himno al Supremo Ser, dispensador de todos los bienes, un himno á la sabiduría y á la virtud.

*
* *

Sabéis, Hermanos míos, lo que es el lustre de la victoria si no le acompaña la virtud? es el tético y fosforescente brillo de una exhalación que se levanta de campos sembrados de cadáveres y encharcados en sangre. La luz de la virtud sin el esplendor de victorias de hombres es el fulgor de un lucero que rutila solitario en el azul del cielo; mas la virtud que campee entre los arreboles de la gloria humana será semejante al sol que aparece en el oriente sobre trono de candentes nubes y bañando de luz todo lo que le rodea.

Bella es la probidad, bella la honradez, bella la clemencia, bello el despejo de todo interés,

bella la moderación y la modestia en el ciudadano
público, en el magistrado, en el honrado labriego,
donde quiera crecen estas virtudes al abrigo de toda
tentación que las ponga en peligro; pero moderación
en la cumbre del mando, modestia en la afluencia
de los honores, templanza de ánimo en los agra-
vios de la emulación y de la envidia, humanidad
con los agresores, obras benéficas para los enemigos:
tales hechos, le rodean con una aureola de incom-
parable luz la figura del virtuoso General Sucre.
El se destaca como el personaje más prominente
por el conjunto de cualidades morales que le adorna-
ban, en esa moderna Iliada de hombres ilustres,
que dieron cima á la ardua empresa de la emancipación
americana.

*
* *

Así como el ave nacida para volar siente un
día el ardor de una nueva vida, y ya desama el
muelle nido que le sirviera de abrigo, por arrojarle
al piélago inmenso del espacio que se le abre de-
lante; así también el individuo y la sociedad al sa-
lir de su infancia se ven impulsados por el instinto
certero de naturaleza á ensayar sus fuerzas, á re-
girse por sus propias luces y albedío. Autonomía,
nacionalidad, rolar con las potencias vecinas y ex-
tranjeras como nación al par de ellas independiente
y soberana; tratados de paz y de guerra, pactos
comerciales, arbitrajes, en fin todo los halaga el senti-
miento nacional; y además de estas cosas externas,
el desarrollo de las energías internas de la sociedad,
su organización, sus leyes, el remedio de sus nece-
sidades, provisto todo por sí mismo con la concien-
cia del adelanto que mira por sí: he aquí lo que forma
el delirio de un pueblo que sale de sus instituciones
coloniales porque aspira á ser Nación.

El mismo Creador de los hombres y de las
sociedades es quien ha depositado en ellos ese an-
helo ingénito de subir y engrandecerse, merced al
cual se han constituido las naciones del Universo.

La aplicación de estos principios á nuestro asunto, la solución de los problemas difíciles que se ocurren luego, no entran en el cuadro que me propongo. Hable ahora la Historia, que por sí sola forma el elegio de los grandes hombres.

A Quito, la ínclita ciudad de la sierra le cupo la gloria de iniciar el movimiento americano hacia la nueva vida política. Valiente y atrevida empresa la de lanzarse al mar no explorado de tan profundas transformaciones; empresa temeraria la de concitar contra sí sola á la terrible España y á todo un continente necesariamente aliado con España. Sucumbieron los proceres de nuestra emancipación en el primero y más violento choque contra el poder colonial; las calles de Quito fueron inundadas en sangre, y el éxito final de aquella tentativa demostró que nuestros padres tuvieron sobrado corazón para acometer la para entonces difícilísima hazaña, pero faltáronles cabezas para dirigirla, faltáronles brazos para impulsarla, faltóles mas que todo el beneplácito de Dios que la reservaba para el intrépido Sucre.

El año 1821 llegó á Guayaquil, comisionado por el Libertador Simón Bolívar quien había ya logrado afianzar la independencia de la Nueva Granada en los campos de Boyacá y Carabobo, y no hallaba jefe más entendido en las cosas de la guerra, ni más hábil en los conciertos de la paz, que el general Sucre, jóven de 25 años. No era ya sólo el talento militar lo que se necesitaba para la emancipación del Ecuador y su incorporación á la gran Colombia, requeríase un genio conciliador y cortés, activo y audaz. Y quién más prudente y previsor que el General Sucre? quién más fecundo en expedientes para eludir algún encuentro inoportuno, crear y organizar gentes de guerra? quién más sabio para disponer la batalla, quién más incontrastable que él para caer con la impetuosidad de esos torrentes que se van monte abajo arrastrando riscos y arboleda en universal destrozo?

Las victorias de Yaguachi y el Pichincha si le han merecido renombre ilustre, le han granjea-

do sobre todo el reconocimiento de los hijos del Ecuador, quienes con justo título le aclamarán el Libertador y Padre de la Patria. El memorable 24 de Mayo vió la ciudad de Quito descender de la montaña las falanges de libertadores, con triunfales handeras; y el 26 resonaban las bóvedas de la catedral con las bandas marciales unidas á los himnos de acción de gracias al Todopoderoso: Sucre parecía simbolizar su providencia.

Puesto al frente del gobierno en el territorio libertado por su valor y pericia, se hizo amar de estos pueblos que "se refutaban felices no tanto por la libertad que de sus manos habían recibido, cuanto por las prendas del Jefe que les era destinado." Mas pronto hubimos de perderle, por ser otra vez necesaria la intervención de su espada en la pacificación de las provincias de Pasto, obstinadamente adversas á la causa de la independendencia. Y finalizada ésta á costa de increíble labor é inteligencia, quedó constituida la gran República de Colombia compuesta del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela.

Aun subsistía un peligro en el poder de España, pujante todavía en el Perú; y nuevamente le es dada á Sucre la empresa de arrojar definitivamente del suelo americano hasta las últimos restos de las fuerzas realistas. Otorógole entonces la Providencia á este hombre ya benemérito de nuestra nación el serlo también de otras dos naciones, Perú y Bolivia, emancipadas en la grandiosa batalla de Ayacucho. Admirén otros la admirable táctica que concibió y dispuso, ejecutó aquel plan de batalla, que al decir de Bolívar es la cumbre de la gloria americana, y la desesperación de nuestros enemigos; yo miro resplandecer donde quiera la generosidad, y la modestia de Sucre, y aquella bondad de alma que tanto realzó la victoria.

Los partes en que ese grande hombre daba á la América entera noticia de sus bri-

llantes acciones no contienen más que alabanzas de sus subalternos, no respiran más que benevolencia para con los vencidos; y nunca la alabanza propia: su personalidad desaparece siempre.

La gratitud de Bolivia se explica declarándole su Presidente vitalicio; mas él rehusa tal honor, porque se cree sin las aptitudes del mando. Húbole finalmente de aceptar con tal que fuese por el espacio improrrogable de dos años. En breve tiempo dió prueba de sus extraordinarias cualidades de gobernante con las mejoras que introdujo en la administración: organizó todos los ramos del gobierno, fundó escuelas gratuitas y casas de beneficencia, mejoró la condición de los oprimidos indígenas, mereciendo por ello, por su trato afable y desinteresado, el respetuoso cariño de todos.

Y sin embargo la envidia que crece á la sombra del mérito, atentó contra su vida, y sólo descansó cuando le vió resignar tranquilamente el mando, y encaminarse para Quito, donde se había domiciliado unido en matrimonio con la marquesa de Solanda. Conocida es de todos aquella agresión de que salió vivo casi por milagro, y que le inspiró estas palabras de desengaño: "Yo siempre tuve aversión al mando, y ahora me confirmo sacando por único gaje de él un brazo roto, y mi buena conciencia. Doy licencia para que me acuse cualquiera si he cometido alguna falta en mi Gobierno".

Qué efusión no revelan sus cartas apenas había pisado el suelo del Ecuador al cual apellida su querida Patria! Por ella, principalmente, hubo de esgrimir nuevamente su espada rompiendo las fuerzas invasoras del Perú, en la célebre batalla de Tarqui.

Ultimamente había sido llamado al Congreso de Bogotá, y obtenido la presidencia de él, había visto de cerca la mala voluntad que le

mostraba Venezuela, su tierra natal, por conocer su adhesión al gran Bolívar; y resuelve por última vez excusarse de todo mando. "Yo trato de pertenecer exclusivamente á mi familia, y por nada quiero que se me confunda con los pretendientes del gobierno, ó mejor dicho, entre los que anhelan hacer de la República su despojo."

Alma bella y simpática, qué vieron en tí los hijos del crimen para perpetrar uno de los más negros atentados que registra la historia de América! El gran Mariscal volvía á su querido domicilio, venía sin duda á ser nuestra ventura, cuando manos alevosas nos le robaron para siempre!... El noble caudillo cayó asesinado en la soledad de las selvas; su cuerpo apenas halló sepultura al pié de un árbol, hasta que la piedad de una amante esposa logró darle mejor asilo, en el sagrado recinto, que ultimamente nos lo ha devuelto.

Cuán diferente fuera, por ventura, nuestra suerte al vivir entre nosotros tal hombre. Inferior á Bolívar en la fortuna le era superior en la virtud y la cultura; parco y austero, enemigo del vino, medido en las palabras, atento y comedido al mismo tiempo que era el azote de todo desorden en las tropas; puso en peligro su vida por no dar ejemplo de arbitrariedad en el mando. Su ánimo tan generoso, que habiendo declarado un enemigo suyo el concierto hecho de envenenarlo, estando á punto de ejecutarlo, el general se contenta con alejarlo de sí, y declara perdonarle. En otra ocasión se introduce furtivamente un foragido con puñal en mano para matarlo á la sombra de la noche: afortunadamente tropieza en un criado fiel que lo contiene. El agresor confiesa su delito, y en consecuencia es condenado á muerte. El General Sucre no puede soportar que un atentado personal se lleve con ese rigor; en uso de sus facultades extraordinarias le conmuta la pena: el reo es entonces

desterrado; el general Sucre, con exquisita caridad tan fina como delicada deposita secretamente doscientos pesos en la pobre maleta del desterrado, el cual no supo nunca quien fué su bienhechor; y poco después torna á ejercer su omnímodo poder para revocar del todo la condena.

Sucre fué modestísimo hasta la humildad: al entrar en Chuquisaca frescos aún los laureles de Ayacucho, se halla la ciudad de gala que sale á recibirle, y el carro triunfal que debe ser tirado por diez apuestos jóvenes. Tanta honra no se avenía con su genial moderación, y así resistióse cortesmente á aceptarlo, entrando á pié en la ciudad que no sabía qué admirar más si los relevantes méritos del vencedor, si el poco apego que un héroe abrighaba á su propia gloria. Brillaba sin duda delante de su mente un blanco más noble á dárle dirigir sus hazañas, y esto no era el poder ni la gloria, el bien de la patria, y la conciencia de su deber.

Sucre fué religioso de corazón y de convencimiento, así declaró al dar su constitución á Bolivia "que la república no reconoce poder sobre la conciencia, cuando se conserve la Religión de la patria. Y en este punto estuvo en conformidad con Bolívar, el cual decía en un tratado de paz: que gloriándose la República de Colombia de profesar la religión de Jesucristo, no cometería nunca la absurda impiedad de cambiarla"—No fué diverso el sentimiento de aquellos grandes hombres que nos regeneraron con su sangre, cuando escribían en la Ley fundamental de la gran República, compuesta del Ecuador, Nueva Granada y Venezuela, que esa gloriosa unión se había hecho en el nombre y bajo los auspicios del Señor Supremo."—Y en el Art. 13. "que la República de Colombia será solemnemente proclamada en los pueblos y en los ejércitos, con

fiestas y regocijos públicos, verificándose en esta capital (Angostura) el 25 del corriente Diciembre, en celebridad del nacimiento del Salvador del mundo, bajo cuyo patrocinio se ha logrado esta deseada unión, por la cual se regenera el Estado”

En esa época de efervescencia militar que parece menos dispuesta á los actos de piedad, miro á los grandes legisladores de la gloriosa Colombia, iniciar sus congresos con la solemne Misa del Espíritu Santo; y hallo igualmente á esas legiones de bravos, rindiendo sus armas victoriosas al Dios de los ejércitos en los templos más suntuosos, y al acorde majestuoso del *Te Deum*.

Digámoslo finalmente, para nuestro consuelo, que Sucre lo mismo que Bolívar, murió como ferviente católico asistido de los socorros de la Religión por un modo providencial. Sabido es que una bala en la cabeza no siempre mata instantaneamente; y que el gran Mariscal pudo confesarse en esa hora y que lo hizo finalmente, lo refería el mismo venerable sacerdote, que, con otros ecuatorianos venían en su compañía. Cuenca aun recuerda al Dr. Avendaño, que murió de edad muy avanzada, y quien lo refería con la seguridad de un hecho personal, quizá el más grato de su vida.

Dios de la santidad y la justicia! si en voz halla siempre el vicio un adversario, á su vez, la virtud encuentra á su eterno defensor á su remunerador y padre! Pues por el amor que tenéis á los justos, “no dejareis que perezca uno solo de sus cabellos,” menos echaréis en olvido las obras virtuosas, toda vez que éstas avaloraís sobre todo. No, no habréis defraudado su galardón al cristiano caballero que supo conservar su fé, contra los embates de la irreligión que derribó á tantas almas menos fuertes que la suya. El que no se avergonzó de

honrar vuestro nombre ni en los campos del hélico furor, ni al deponer ante vuestras aras las palmas del triunfo, y el que veneraba el nombre de Jesucristo en la Constitución que daba á los pueblos, y en el Congreso de la gran Colombia, habrá hallado en el mismo Jesucristo un mediador que lo ha exaltado delante de Dios y de sus ángeles.

Gran Dios! por vuestro nombre de santidad en quien se fincan las esperanzas de la virtud, glorificada en el nombre que se confiesa vuestro siervo! ¡mas que es lo que demandando ¡Dios justo!... sin que alguna ya la glorificais con coronas mejores que éstas que sombrean su triste túmulo! Este heroico y valeroso no tuvo recompensa en el futuro si ya no fueron las amarguras de que le abrasó la ingratitude, los ruines manejos de la envidia, y el plomo feroz que rompió su corazón, cortando en flor esa vida en que se cifraban tantas esperanzas perdidas para la Patria.

Desdichado del que sirve al mundo!... dígallo Bolívar muriendo de tristeza al abandonar para siempre las playas de su patria ingrata;...dígallo Sucre tendido y sangriento, é insepulto en las soledades del monte. Y así mismo, cuán útil es el haber servido á Dios, consígnalo en su testamento Bolívar, que olvida sus gloriosos títulos y hazañosos hechos y protesta morir "cual siempre he vivido, católico apóstolico, romano, hijo sumiso de la Iglesia" Díganoslo ahora elocuentemente esta misma imponente ceremonia con el luto que tiende sobre las glorias del tiempo, y sus gemidores ecos llenos de la poesía de la eternidad. Aquí hay lágrimas sentidas, más valiosas que los estrepitosos vivas que mueren tan pronto como el grito de las olas; aquí hay preces á modo de nubes, benéficas, que suben al cielo para descender en forma del rocío refrigerador de

los campos; aquí en saludable sacrificio la gran Víctima se humilla para nuestra glorificación. Si pues el religiosísimo Sucre doblando un día la rodilla le daba delante de todos un tributo de adoración y de fé, ahora esta Santa Víctima le sea á su vez propicia; ahora le retorne con centuplicados frutos aquel obsequio; ahora el Rey de la justicia le devuelva gloria por gloria.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR.
ADELBERTO ARAUJO EL 4 DE JUNIO.

SEÑORES.

El Ilustre Ayuntamiento, al que sin título pertenezco, ha querido que le representara en en este día de solemne duelo para la América republicana; ha querido que interpretando sus sentimientos, que trayendo su palabra, deposite sobre la tumba de uno de los más esclarecidos Libertadores de nuestra Patria, la inmortal corona entretejida por el amor, la gratitud y el patriotismo.

Inmenso es para mí el honor, pero abrumador el encargo. Lo acepté á pesar de mis escasas fuerzas, entendiendo que habría sido antipatriótico el rehusarlo, y porque á éllo me obligaba también mi férvido entusiasmo por los recuerdos de la Patria.

Pero ¡qué difícil situación es esta para quien, como yo, carece de luz en la inteligencia y de expresión en la palabra! ¡Qué triste posición para el que como yo comprende y siente la grandeza del afecto, la sublimidad del reconocimiento, y en el momento de abrir el corazón y enseñarlo al mundo, se halla con la razón entenebrecida, con la palabra débil, con la voz ahogada!

Triste, difícil es en verdad mi situación

actual; pero no por eso me descorazono, no por eso temo el éxito de mi cometido; pues la sinceridad de mi propósito me alienta, la grandeza del asunto me entusiasma, y creo contar con la benevolencia de vosotros....

.....
Tornemos, señores, nuestros recuerdos al pasado: vayámonos en espíritu hasta la sombría montaña de Berruecos, teatro del más execrable de los crímenes; y una vez allí, tengamos animo, serenidad y calma para contemplar el horroroso cuadro pintado á gruesas brochadas con la eterna infamia de maldecidos criminales; y una vez allí, estudiemos ese suelo tristemente histórico, y nos convenceremos de que la perversidad del crimen no solamente avergüenza y daña á la humanidad presente, sino que también alcanza á dar profunda herida á las generaciones del porvenir.....

Hemos llegado, pues, en pensamiento á la fatídica tierra de Berruecos. Y ¿qué encontramos allí?—Un cadaver revuelto por el suelo, encharcado en su caliente sangre y abandonado á la soledad de la montaña. ¿Quién será aquella desgraciada víctima? ¿Qué horror! Es Sucre! El invicto Sucre! El segundo adalid del Continente! El que llevó la luz de libertad á tres naciones con el rayo de Pichincha, con el trueno de Ayacucho!

Y ¿donde está el asesino vil, dónde el criminal infame?—Por lo pronto nada: obscuridad misterio.

El corderillo que muere á manos del inhumano carnicero, conserva en la transparencia de sus pupilas la imágen del matador; pero en el ángel de las victorias, en Sucre nada se vé, por que el asesino le hirió á la distancia, por detrás, bajo la sombra.

Pero ¿no véis aquellas fatídicas figuras que asechan al travez de la espesura de la selva? ¿No véis ensangrentadas sus manos, y mancha-

dos sus vestidos?—Verdaderas son las señas; é-llos son los matadores! ¿Quiénes són?—Si ya los conocéis vosotros, si ya los conoce el mundo, ¿para qué manchar nuestros labios con tan repug-nantes nombres? Que el cielo los maldiga para siempre, y que hagan caer sobre ellos la suerte su venganza y la humanidad su desprecio!

Si ¡ malditos seáis infames asesinos! Ha-béis matado á Sucre, y con él talvez matásteis la virtud republicana! Habéis matado á Sucre, y con él talvez matásteis la cara libertad de vues-tra Patria! ¡ Malditos seáis!

Habéis matado á Sucre por odio á la vir-tud, por ambición de predominio y lucro; pero será aciago el logro de vuestra ambición, y será fatídico vuestro porvenir, y el oprobio eterno y grande vejará nuestros sepuleros. ¡ Malditos seáis para siempre!.....

No contemplemos por más tiempo, seño-res, ese pasado vergonzoso y triste. Volvamos á nuestro presente, é inquiriendo la historia con-temporánea, veamos si es verdad que el mal que engendra un crimen como el de Berruecos se hace sentir en el porvenir de las naciones.

Sucre, bien lo sabéis señores, poseyó en alto grado el raro conjunto de virtudes cívicas y morales: Sucre era hijo del honor y la honradez: Sucre era ado-rador sincero de la civilización y del progreso: Sucre selló sobre el Pichincha la libertad ecuatoriana: Sucre, sacándonos del caos de la servidumbre y poniéndonos libres á la altura del Universo, nos dió un nombre, una gloria, un porvenir. De consiguiente, Sucre, en razón de justicia y de derecho, debió inaugurar la Presidencia de esta Republica. Y así habría sucedido; que no á menor cosa le empujaban la fama de su nombre, el prestigio de su persona, y el agradecido cariño de los ecuatorianos. Y así lo comprendieron también sus ambiciosos matadores; y quisieron, por lo mismo apagar ese sol que les eclipsaba, extinguir esa grandeza que les empequeñecía, quitar ese terrible

estorbo del camino de sus proditorios fines, y lo hicieron.

Si Sucre hubiese alcanzado á fundar nuestra República, lo habría hecho sobre sólidas bases de moral, de libertad, de progreso y patriotismo; y las generaciones posteriores hubieran cosechado ya los opimos frutos de esa bienhechora semilla. Pero, escrito estaba! Miserias y desgracias debían llover sobre la Patria desde el comienzo de su autonómica existencia; y Flores se encarga de cumplir esa ley fatal de la fortuna. Funda pues la República y se apodera de ella por dos ocasiones; y ¿qué nos deja su administración? Una escuela de vicios y depravaciones; una senda de abusos y desafueros por donde han ido, cual más, cual menos, los posteriores gobernantes.

Os parece exagerado este decir? Pues que os hable por mi la experiencia, que os hable por mi la historia. Consultadles; y la experiencia y la historia os contestarán:—Setenta años de republicanismo, y su resultado siempre negativo; casi un siglo de libertad, y su consecuencia siempre dolorosa.

¡Ay! Señores, pesa sobre nosotros sin justicia el crimen de Berruecos!.....

Hasta aquí os he hablado, señores, con la historia de los hechos, con la experiencia de los resultados. Permitidme ahora que os hable con mi fantasía, que os hable con mi corazón.

El precioso hallazgo de las reliquias materiales del preclaro Sucre, tiene para mi fantasía algo de misterioso, tiene para mi corazón algo de conmovedor y grande!

Cuando tuvo efecto tan feliz hallazgo, en medio de mi frenético entusiasmo parecióme: que después de setenta años se levantaba Sucre de su ignorada tumba coronado por el astro de la gloria, pero envuelto entre sombras de amargura; y que llamando á su presencia á todos los gobernantes que se han sucedido en esta tierra, les pedía estrecha cuenta de sus actos, y con sonrisa tristemente desdeñosa les increpa-

ba diciendo:

“ Mi gloria, es la gloria de la América; mi eterno monumento es el Pichincha. En él sembré con mi espada triunfadora la planta de la libertad ecuatoriana; planta que regada con la sangre de Calderón y de otros ciento, llegó á prosperar feliz, y fue después un árbol, árbol frondoso que convidaba con su sombra á todas las generaciones de esta Patria.

“ Parecióme esta tierra por entónces tan digna de la libertad y de la dicha, que sin vacilar un punto la escogí como Patria de mis hijos, como Patria de mi corazón. Era esta Nación hechura de mi amor y mis sacrificios, y quise, por lo mismo, cultivar en este suelo mis mejores afecciones; pasar en él los días que me sobrasen de existencia, y después dormir tranquilo el sueño de la muerte, cubriéndome con un puñado de tierra tan querida. Pero la fortuna no lo quiso.

“ Pronto, muy pronto se levantaron contra mí el odio, la perfidia, la injusticia, y de improviso cayó sobre mi cabeza la cuchilla de la ambición,

“ Limpio, sin mancha separóse mi espíritu del mundo; pero quise que siquiera mis mortales restos escapacen de la venganza implacable de mis enemigos, y los escondí bajo un pobre y religioso altar.

“ Pero, ni allí he tenido paz, porque á cada momento ha sido mi tumba invadida por la densa humareda de los combates; porque á cada momento el estampido del cañón á rebullido mis cenizas; porque á cada momento han resonado allí las clamorosas quejas de este desventurado pueblo, víctima inocente de vuestra ambición y tiranía ¡ ingratos gobernantes !

“ Y sinó, decidme: dónde está mi predilecta planta, la libertad, dónde sus preciados frutos? ¿ Dónde está la horadez que debía guiar nuestras acciones, dónde el respeto al derecho y la justicia? ¿ Dónde está el patriotismo, dónde

de la felicidad, dónde el progreso?

¡Desgraciados! Habéis hecho irrisión de los crüentos sacrificios de vuestros padres: habéis insultado la generosa sangre de los héroes, derramada en las batallas de la libertad: habéis echado inmundo lodo sobre el pendón glorioso de las instituciones patrias; y habéis llenado la República de lágrimas, desolación y miseria.

“Si entre vosotros, gobernantes ecuatorianos, encuentro al principio alguno que otro republicano y patriota, miro con pena los estorbos que encuentran para hacer el bien, y lo efímero y difícil de su poderío. Si hallo alguno después, casi eterno en su gobierno, honrado y progresista, á la par le encuentro tirano y desleal. Y todos los demás, con una máscara ó con otra, habéis seguido en confuso pelotón por una misma senda, dolorosa para la Patria, vergonzosa para la historia.

“Opresión un día, libertinaje otro día: el verdugo del cadalso ayer, el pan del ostracismo ahora; y lo mismo ayer, y lo mismo hoy, fraudes y peculados, lágrimas y sangre, deshonor y vergüenza. He ahí el fruto de vuestro dominio, el resultado de vuestra ambición, ¡indignos gobernantes!

“Desde hoy mi espíritu y mis huesos, bajo el abrigo del tricolor glorioso, vivirán eternamente sobre los riscos más gigantes del Pichincha. Desde allí seguiré los pasos de cuantos toman en sus manos los destinos de esta Patria; y si alguno se desviare un punto de la honrada senda del deber y el patriotismo, desde allí fulminaré mi sentencia, y grande será mi venganza, terrible mi castigo.

Todo esto parecióme oír, señores, de labios del eterno Sucre cuando se abrió su solitaria tumba; y aún parecióme que sus huesos crujían de dolor y de venganza, y que su herido brazo y su destrosado cráneo se alzaban para caer terri-

bles sobre los aciagos tiranuelos del presente; y que al contacto de sus encendidas cenizas, iban á arder también y extinguirse para siempre los sepulcros de los fatídicos gobernantes del pasado.

Pero pronto comprendí que todo esto era el solo efecto de mi entusiasta fantasía, de mi patriótico sentimiento; y de pronto volví también á mi eterna duda, á mi eterna desconfianza.

Pero no, señores; no recordemos del pasado, no desesperemos del presente, ni desconfiemos del porvenir. Las generaciones que nazcan para el mañana de la Patria, sabrán inspirarse en el sacrificio de nuestros martires, en la gloria de nuestros héroes; y entonces el árbol de la libertad dará su fruto, y nos visitará el progreso, y nos sonreirá la fortuna.

Y en tanto, ¡Oh Sucre! que tu excelso nombre sea el talismán venturoso de la Patria, y que vivan eternamente tus huesos en el Pichincha, tu recuerdo en nuestra memoria, y tu imagen en nuestros corazones.

He terminado.

SEÑORES:

Permitid que entre en el concierto de autorizadas voces que en toda la República se elevan hoy, para saludar la gloriosa tumba del inmortal Sucre, yo alce también la mía desautorizada y débil. Sí, permitid que aunque obscuro, pero entusiasta admirador de nuestro héroe, en el que á mi vez una corona súnebre cabe sus venerandos despojos.

Levantándose han del polvo del sepulcro a la en la histórica Quito, los restos del héroe legendario; admiremos los destellos de gloria que aún arrojan sus

inclitas cenizas. Ellas encerraron un día el alma levantada y noble del hombre providencial, á quien la historia ha puesto junto al Libertador. Al fin podemos ver y venerar esa frente altiva, mas nunca infatuada con el orgullo: élla nos recuerda al genio batallador que divisó con certera mirada el sendero del triunfo y que supo conducir sus huestes siempre á la victoria. Podemos aplicar nuestra mano á ese pujante brazo empuñador fortísimo de irresistible y leal espada, á ese brazo que sostuvo cual otro Atlante, la obra gigantesca de Bolívar.

Pero, notadlo, señores, frescos están en ese cráneo las huellas de leve plomo, horadado está ese brazo por inhumano proyectil que arrojaron manos criminales. ¡ Oh raza nefanda de los traidores! Vuestros puñales no dañan á las almas grandes como Sucre, las rodean de innortal aureola. En éllas cada golpe vuestro es un fanal, y cada herida es un florón.

Decidme, Señores, si ese cráneo roto y ese brazo perforado no proclaman las virtudes del grande hombre que admiramos? Sucre el ciudadano tan benemérito como modesto, que tan pronto supo merecer el supremo mando de una Nación, como desescribirse la banda presidencial si no hubiera quedado bien en ese pecho de abnegado republicano; el varón justo y virtuoso hasta en las más caprichosas alternativas de su vida de guerrero; el emancipador de cinco pueblos, no podía vivir sin enemigos, ni morir sino víctima de la traición. ¡ A los caínes nunca les sonríen los meritísimos sacrificios del immaculado Abel! A Sucre, pues, no podía faltarle la gloria de que acecharan á su calcañor la ingratitud, la envidia, la traición, desde que estos mismos se empeñaron en llevar al calvario al mayor de los héroes.

¡ Que maldición para los verdugos y cuanta gloria para la víctima, que después de setenta años de obscuridad, contemplemos lucir aquella frente enagnaldada con los laureles del guerrero y las olivas del justo. !

Demasiado acostumbrados estamos á hollar los

trofeos de los contemporáneos y sobre todo de los héroes predecesores de Sucre enrojecidos con sangre injustamente derramada; ahí los encontramos, al registrar sus victorias, con el un pie en la arena del combate y con el otro pisoteando el derecho del dévil é inocente; demasiado hemos visto á hombres de jeve subir al solio por sobre las leyes, la moral, los juramentos más sagrados; demasiado frecuente es sorprender en ellos el incompleto adorno de una frente ataviada con corona bélica y vacía de guirnalda de virtud. El militar entónces muy lejos de corresponder á su vocación, representa una figura incompleta; es un hombre que jamás puede ganar merecido puesto entre los héroes. Los Alejandro, los Bayardos, mal estarían junto á esos militares. ¡ Triste papel de éstos y gloriosísimo de Sucre, quién por esplendorosa que sea la primera guirnalda, no pudo á pesar de su modestia impedir el fulgor de la segunda !

Si ; Oh Sucre ! yo te admiro cuando te veo en tus triunfos hacer ondear la bandera de la libertad en el Perú, en los Andes de Colombia, en los llanos de Venezuela, en las faldas del Potosí y en las cumbres del Pichincha; pero no sé si no eres más admirable cuando te veo envainar tu poderosa espada para tender la mano á tus enemigos, indicando que si quieres poner término á una esclavitud no lo sabes hacer sin hidalguía.

¡ Sucre ! yo te admiro cuando á la detonación de tus cañones de Ayacucho, veo al León Castellano contener su terrible rugido y retirarse encogiendo su potente melena; pero no sé si no eres más admirable cuando te oigo hablar el lenguaje de la clemencia, casi echando en olvido que acabas de ser el vencedor.

¡ Eres admirable derribando de la cima del Pichincha el pendón español hasta sepultarlo en la ignominia, pero eres soberanamente grande y admirable hincando la rodilla ante el Dios de las victorias y rindiendo humilde homenaje al sacerdote del Altísimo.

Sí, el grande hombre juntó en todas partes el valor á la benignidad, su intrepidez á la mesura, la

templanza del hidalgo al arrojo del vencedor; cual si quisiera imitar á ese Dios que, con la misma mano con la cual hace rodar el mundo y sujeta las bravías ondas, con la misma viste de blanca lana al corderillo y acaricia al Pródigo.

Ciertamente glorioso es el inmortal Sucre, cuando el mismo Libertador sobrecojido con sus victorias le llama "el hombre de la fortuna" pero no sé si no es más glorioso cuando veo á la posteridad honrarle reverente con el título de "Inmaculado;" y para servirme de las palabras de un admirador suyo Ecuatoriano, "grandioso fué su destino; de emancipar Naciones, pero más grandioso aún el de procurar emanciparlas de la corrupción y el vicio, enseñándoles las virtudes cristianas no con palabras sino con obras"

Bendita sea la Providencia que ha querido mostrarnos en este hombre que no es lo mismo ferocidad de carácter que valentía de ánimo, la protervia coronada que el talento feliz, que la mansedumbre puede andar junto á la victoria y la oliva crecer al lado del laurel.

Y ¡tú! oh Sucre! tú que coronaste la grandiosa obra de Bolívar, recibe hoy en tus restos palpitantes aún de gloria el respetuoso homenaje de los hijos del Chimborazo, cuya tierra es desconocida para tí, ese respetuoso homenaje que te ofrecen unidos á los doce millares de corazones cuyos padres llevaste al falangue del honor; que en las cinco Repúblicas que libertaste, laten en sus pechos de agradecimiento al oír tu preclaro nombre. ¡Que tus hijos saludan en el vencedor del Pichincha al emancipador del Ecuador, en el vencedor de Ayacucho al definitivo emancipador del Nuevo Mundo.

He dicho.

ALBERTO FLORES.

